

# Nuestra universidad: en el origen de una utopía

*Lección Inaugural 2016 -2017*



**Universidad  
Monteávila**

RIF: J-30647247-9

*Dr. Joaquín Rodríguez Alonso*  
Rector 2005 - 2015

*Nuestra universidad: en el origen de una utopía*  
Lección Inaugural 2016-2017  
17, 22 de noviembre de 2016

Dr. Joaquín Rodríguez Alonso  
Rector 2005-2015  
Presidente del Centro de Altos Estudios

**Universidad Monteávila**

Final Avda. El Buen Pastor, Urb. Boleíta Norte,  
Caracas, Venezuela  
Teléfonos: (0212) 232-52-55 / 232-71-70  
Fax (0212) 232-56-23  
RIF: J-30647247-9  
[www.uma.edu.ve](http://www.uma.edu.ve)

Aquel día lunes, quince (15) de noviembre de 1999, al cierre inminente del Siglo XX y en el umbral mismo del tercer milenio, el Dr. Enrique Pérez Olivares, nuestro Rector fundador, en la lección inaugural<sup>1</sup> de nuestra universidad, nos habló con entereza histórica: por una parte, haciendo acopio generoso de su bien cultivada formación intelectual sobre la mejor tradición académica (desde la fundación de las universidades medievales, aunque enraizada en las escuelas de la Grecia clásica, pasando por la formación de la universidad colonial y la más reciente experiencia de la universidad contemporánea), para destacar lo propio de la misión universitaria y, por otra parte, con la pasión creadora de quien se sabe en el origen de una novedad radical, que viene a inaugurar un tiempo nuevo, para señalar la específica visión de esta nuestra universidad.

¡Qué serenidad al decantarse por aquilatar la definición originaria y volver a proponer su naturaleza de *comunidad de personas y saberes que busca con afán la verdad* ante un entorno que desprecia la tradición para enaltecer el cambio! ¡Qué audacia para retar al destino y proclamar, en medio de aquellos turbulentos días de un aciago “proceso constituyente”, promovido por una sediciosa revolución, que daría pronto al traste con nuestra civilidad republicana, que estábamos convocados a ser una *institución multiseccular!*

En la mañana de aquel día, el auditorio se había llenado con aquellos estudiantes pioneros, apenas unos 80, que desde

---

1 Pérez Olivares, Enrique; *Una Visión de la Universidad*. Universidad Monteávila, Caracas, 2000

hacía un mes habían comenzado clases, entre la ilusión y la incertidumbre, con un velado regocijo por la curiosidad de ser parte de una novedad; junto a unos pocos apasionados profesores, veteranos y novatos, ancianos y jóvenes, con un patente entusiasmo por el proyecto de ser parte de la historia. Luego, en la tarde que se hizo noche, tras la espera para acomodar los retrasos que la lluvia había inducido, un cordial grupo de amigos atendió la renovada presentación. Los pasillos, impregnados aún del olor a pintura fresca, que aún ocultaban escombros tras puertas con el discreto letrero de “DEPÓSITO”, acogieron entonces los admirados elogios, y de entre ellos, aquél “nada así se había dicho de la universidad en estas tierras, desde aquél discurso de D. Andrés Bello en la inauguración de la Universidad de Chile”.

Así, en medio de estos y otros muchos contrastes, a los pies de nuestra señera montaña, “esa ola de encrespado mar Caribe que extasiada no inundó el valle”<sup>2</sup>, comenzó la “andadura” de nuestra Universidad Monteávila.

## I

El Rector me ha pedido preparar esta lección inaugural del período 2016-17 como un recordatorio de la misión de nuestra universidad, tal como fue planteada al momento de su fundación, y como criterio firme para considerar su actualización y desarrollo, para la orientación de los cambios que las circunstancias temporales siempre exigen,

---

2 Con expresiones similares solía referirse el Dr. Pérez Olivares a la leyenda indígena sobre el origen del Waraira Repano o Ávila.

también para enfrentar las amenazas que sobre ella se cierran, y para revitalizar la visión a la vuelta de estos pocos años de nuestra historia, en perspectiva aún muy próximos a la fundación, pero ya con diferenciaciones orgánicas, resultado normal de su crecimiento, que reclaman un análisis prudente.

Se trata pues de actualizar, de hacer presente, aquellos “elementos constantes sin los cuales la institución académica se desnaturaliza, cambia incluso de propósito”, según nos alertaba recientemente el Dr. Rafael Tomás Caldera<sup>3</sup>. No hay pues en lo que sigue ningún afán de novedad. Si algo hubiera de ello, debería descartarse inmediatamente. Además, la ocasión impone cierta brevedad que impide un alcance más extenso y habrá que limitarse a unos pocos aspectos, ciertamente entre los principales, dejando la tarea de una aproximación más sistemática, para un estudio posterior que habrá de hacerse para documentar apropiadamente el alcance de esos fundamentos. Bastará pues ser fieles en evocar lo que pueda servir ahora para volver a enfocar, con renovada esperanza, la luz de la misión y la visión de la universidad sobre esos retos, problemas, amenazas y oportunidades que necesitan atención oportuna, a la vez que consolidamos pacientemente la tarea ordinaria y propia de la formación integral de cuantos se hacen parte de ella.

---

3 Caldera, Rafael Tomás; *En la verdad y el amor: la comunidad universitaria*. Universidad Monteávila, Caracas, 2013, pp. 71

Tomamos ocasión de una interesante efemérides para dar título a esta oportunidad: se cumplen en estos días los 500 años de la primera edición de “La Utopía”, de Santo Tomás Moro, esa obra señera para el buen gobierno de las naciones, que acuñó originalmente esa palabra “utopía”, en lo que se entiende ser combinación de las palabras griegas *eutopia* (lugar del bien) y *outopia* (ningún lugar), para señalar una referencia ideal, que no se realiza exclusivamente en un lugar único (al modo del platónico mundo de las ideas) sino llamada a realizarse, por aproximaciones perfectibles, en lugares específicos que actualizan ese ideal en sus circunstancias concretas, en sus límites propios, que no impiden, antes jalonan, esa aspiración.

Se nos ofrece así la analogía de apreciar en la propuesta fundacional de nuestra universidad esa aspiración que quiere hacerse realidad en cada momento histórico de nuestro discurrir terrenal, no como meta imposible o ensoñadora sino como voluntaria responsabilidad de perfeccionamiento activo; no como canon que dispone programáticamente anticipadas soluciones o metodologías, sino como necesario interlocutor en el constante diálogo con la realidad que, en su dinámica integración de lo constante y lo novedoso, reclama tanto la fidelidad a lo mejor de aquello como la audacia al reto de esto.

Con iluminadora expresión, que arriesgo a decir que tiene mucho de inspiración, dejó escrito el Dr. Pérez que “originar y desarrollar esta comunidad es tarea perma-

nente”<sup>4</sup>: quiere ello decir que siempre hemos de estar en el origen, que no puede ser entonces entendido como punto de partida del que nos alejamos progresivamente, sino como espacio que se expande para acoger lo novedoso de cada desarrollo en la identidad de su inicio, y a la vez que esta raíz nutre constantemente cada aporte nuevo en el que se despliega su crecimiento. Concebido así, ese origen no ha de ser una etapa cerrada a la vuelta de unos pocos años, recuerdo de una gesta noble de pioneros, o repositorio obligado de citas de referencia autorizada: habrá de ser más bien principio activo que anima cada nuevo impulso, a la vez que el mismo se recrea y se comprende con luces nuevas en cada proyecto, en cada realización.

Entendido con esta fidelidad, cada nueva Facultad o Escuela, cada nuevo Centro de Estudios o Carrera, cada nuevo curso o programa, cada iniciativa de docencia, de investigación, de extensión o servicio, de administración o procedimientos, e incluso de ambientación, habrá de participar con fidelidad al origen de la universidad, actualizando plenamente su sentido y vocación. Así también, cada profesor o estudiante o egresado, cada directivo o empleado, está llamado a identificarse con este espíritu originario de la universidad, no como alguien que ha venido a dar continuidad a algo precedente, sino a participar de su fundación permanente y hacerse por tanto cofundador. Así pues, en nuestra universidad, estamos todos convocados, y todo está ordenado, en cualquier momento histórico, a participar plenamente del origen y aspiración de esta Alma Mater.

---

4 Pérez Olivares, *op. cit.*, p.15

Con la propiedad que corresponde a una institución académica, se ha venido documentando oportunamente la descripción y análisis de estos fundamentos. Así, la referida lección inaugural *Una Visión de la Universidad*, del Dr. Enrique Pérez Olivares, junto al documento *Verdad y Libertad en la vida universitaria*, del Pbro. Dr. Rafael María De Balbín Behrman, la ponencia *Humanismo y Formación Universitaria*, del Dr. Fernando Cervigón Marcos, el *Ideario institucional* (aún inédito) y sus fuentes, constituyen una sólida base expositiva de la naturaleza y aspiración de nuestra universidad; que se viene ampliando con aportes sustanciales como las lecciones inaugurales del Dr. Ignacio Rodríguez Iturbe, *La universidad: testigo universal de la verdad*, del Dr. Fernando Cervigón *¿Por qué Iberoamérica?*, la ya citada del Dr. Rafael Tomás Caldera *En la verdad y en el amor: la comunidad universitaria*, y junto a ellas, varios discursos de grado, ponencias y aún publicaciones que no detallamos aquí, pero que constituyen un cierto “corpus” específico de caracterización de nuestra identidad institucional. De por sí constituyen un rico patrimonio, pero que se atesora aún más por su convergencia –cuando no por su inspiración– con iluminadores escritos sobre la universidad y la formación de la juventud del Fundador del Opus Dei, San Josemaría Escrivá de Balaguer, y sus dos primeros sucesores en el gobierno de la Obra, el Beato Álvaro del Portillo y Monseñor Javier Echevarría; y también con señeros textos del Magisterio de los más recientes pontífices San Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. En particular, la encíclica *Fides et ratio*, publicada un par de semanas antes del decreto de aprobación de la universidad, constituye un referente excepcional, en alegoría desproporcionada pero

significativa, como la estrella que vino a revelar el nacimiento. Y abunda una literatura académica que testimonia la reflexión de una entera tradición que mantiene y renueva su vitalidad en estos tiempos de crisis y desorientación. Así pues, que nadie dude de la solidez y proyección de nuestro fundamento, aunque hayamos de concurrir con humildad al diálogo con otras orientaciones y a la invitación cordial a considerar la nuestra.

## II

Quizás convenga adelantar, hacer presentes de una vez, dejando pronta constancia de ello para evitar que permanezcan como velado ruido de fondo, aquellos problemas mayores que gravitan sobre la universidad, de modo que lo que luego se diga de su misión, no pueda ser etiquetado de retórica académica para el gusto de complacientes audiencias, sino contrastado inmediata y tercamente con la gravedad de dichos problemas, que requieren certera, aunque dramática, solución.

En la lección inaugural del curso 2013-14, nos alertaba el Dr. Rafael Tomás Caldera, en este mismo lugar, de la gravísima amenaza que ejercen sobre la comunidad académica las “exigencias del mercado y la difusión del relativismo”<sup>5</sup>, porque atacan directamente su núcleo esencial: la verdad. La mercantilización porque la subordina a la utilidad, el relativismo porque la hace sucumbir ante alguna forma de poder. Aunque de notoria actualidad, no

---

5 Caldera, Rafael Tomás; op. cit., pp. 67

sería difícil trazar el curso de ambas hasta los orígenes de las críticas socráticas a los sofistas, no menos que en algunos diletantes maestros medievales, no obstante, nunca en otro tiempo se mostraron con la arrogancia del hegemónico imperio actual.

¿Acaso no escribía Etienne Gilson por los años sesenta “*Hoy por hoy, el conocimiento se vende en grandes tiendas por departamentos llamadas colegios universitarios o universidades, donde los estudiantes pueden comprar, según lo anunciado, el tipo de conocimiento que se acomoda a su gusto o que satisface sus necesidades*”<sup>6</sup>? ¿Y con cuánta reiterada insistencia el papa Francisco no alerta a este mundo en crisis de la gravedad de la idolatría del dinero, dirigida por las mafias políticas en el gobierno de países poderosos, con el sostenimiento de las industrias de armamento y del tráfico de drogas, responsable de lo que ha dado en llamar la “cultura del descarte”, con su secuela de millones de refugiados abandonados, cuando no rechazados, en su desesperada huida de la muerte, y millones de pobres ignorados en sus periferias, y la degradante trata de personas en la moderna esclavitud del comercio sexual y la epidemia de la pornografía, y los ancianos despreciados por sus propias familias y tantas otras formas de rechazo que son los sacrificios rituales de la religión del dinero?

Es verdad que sin una cierta holgura económica, que supere las incertidumbres y rigores de una frágil subsisten-

---

6 Gilson, Etienne; Sabiduría y Amor. En *El Amor a la Sabiduría*, Asesoramiento y Servicios Educativos, Caracas, 1974, pp. 47-73.

cia, se hace difícil – si no imposible – el cultivo de los saberes, como se puede comprobar históricamente, así como que generosas aportaciones económicas pueden promover la excelencia de las condiciones para la docencia y la investigación, pero este vicio institucional que llamamos mercantilización degrada la identidad de la universidad, hasta el punto de pretender extinguirla, al posicionar en los estudiantes como objetivo principal –cuando no único– de su formación académica la profesionalización habilitadora para el desempeño laboral y el acceso a mayores bienes materiales, y al imponer sobre profesores e investigadores (y por extensión sobre toda la institución) el dominio de la técnica sobre la ética, donde el objetivo del mejoramiento inmediato en las condiciones materiales de vida, con la correspondiente exigencia de productividad y rentabilidad, lleva a ignorar, minusvalorar (frecuentemente ya en actitud de burla) e incluso rechazar, toda consideración sobre el bien y el mal, al margen de la utilidad.

El relativismo, por su parte, al rechazar la aceptación de toda verdad universal, en todo aquello que no venga demostrado por las ciencias experimentales, y encubrir la agresividad de tal postura con la capa de la tolerancia hacia las múltiples “pretendidas verdades” surgidas de la inclinación individual o de los intereses de grupos, destruye la vida académica al privarla de su aspiración común: la verdad compartida. El franco diálogo académico se sustituye por el “lobby” de interesada influencia, la tradición que ha venido depurando pacientemente el conocimiento de la humanidad se ataca no en sus logros o argumentos, sino en sus pretendidos prejuicios de

origen, para imponer orígenes alternativos, y la amistad –o al menos la camaradería– académica se reemplaza por la confrontación que busca la dominación, hasta la exclusión o renuncia humillante del adversario. Es de necesidad urgente desenmascarar el camino de violencia inevitable al que conduce esta actitud.

Al rechazar la verdad común que sostiene la libertad, las personas quedan bajo la ilusión de una autonomía basada en sentimientos y opiniones que carecen de firmeza y permanencia, inclinando a una peligrosa inestabilidad, y vaciando de sentido todo diálogo para resolver las diferencias. Al rechazar la verdad común que sostiene la justicia, las normas de convivencia que debieran derivar de ella, quedan subordinadas a la imposición de mayorías circunstanciales o del clima de opinión dominante inducido por los medios de comunicación. Al rechazar la verdad común sobre la dignidad humana, los mismos derechos humanos, la supremacía de la vida y el reconocimiento de la condición natural de la mujer y el hombre, ya no ofrecen resistencia a la manipulación de los grupos de interés que perfilan el hombre nuevo, la nueva sociedad, la nueva era. Lo denunció con fuerza estremecedora S.S. Benedicto XVI: es “la dictadura del relativismo”. La duda que siembra, con aparente actitud de respeto, sobre la posibilidad de alcanzar la verdad común, se encamina inevitablemente a la imposición de quien, advirtiendo la falta de resistencia en la defensa de esa verdad, puede manipular la realidad para ponerla al servicio de sus intereses.

Podemos identificar en estas posturas la consecuencia de aquello que un joven obispo había comunicado en 1959, en una carta preparatoria para la selección de temas del Concilio Vaticano II, como el “descarrilamiento del gran proyecto del humanismo occidental”<sup>7</sup>, y que años después sería elegido papa, y entonces, aunque animado de una esperanza ilimitada, no dudaría en señalar que la nuestra es “una civilización enferma”, cuya causa no dejaría de revelar que está basada en una errónea apreciación sobre la familia<sup>8</sup>. Fue San Juan Pablo II, que animado de una extraordinaria confianza en el potencial humano, nos alertó de los tremendos peligros que se ciernen sobre un mundo que sucumbe ante la “cultura de la muerte” y nos convocó con alegre entusiasmo a la construcción de una “civilización del amor”.

Reducir la propuesta de una universidad a la valiosísima aspiración de una esmerada formación en competencias profesionales, para posicionar a sus egresados con ventaja en el competido ámbito laboral, hoy globalizado, pero al margen de estas amenazas, por más que resultara en la oportunidad de ubicarse en los “rankings” internacionales, sería ignorar su auténtica dimensión social, su radical contribución a la formación enteriza de las personas, y ponerse a riesgo de contribuir con las fuerzas que están buscando destruir la misma dignidad humana.

---

7 Weigel, G., *Cartas a un joven católico*, Cristiandad, Madrid, 2006. <http://www.diocesisdecanarias.es/pdf/cartasaunjovencatolico.pdf>

8 Juan Pablo II, *Carta a las familias*, n. 20.

### III

La definición de nuestra universidad en cuanto comunidad de personas y saberes se estructura sobre tres pilares esenciales: el amor de amistad como vínculo de unión de la comunidad de personas, la integración de conocimientos ordenada a la verdad como condición permanente de la aproximación a los saberes, y la vocación de servicio, humilde y competente, como objetivo constante de la vida de esta comunidad. Todo ello sobre la base del progresivo reconocimiento de nuestra identidad, en su específica realidad de venezolanos, y más ampliamente de iberoamericanos, enraizada en su natural condición de criatura humana, amada por Dios y llamada por Él a participar de su gloria eterna, e iluminada por el modelo de Jesucristo que “revela plenamente el hombre al propio hombre”<sup>9</sup>.

Además, surgida como iniciativa de apostolado de la Prelatura Personal de la Santa Cruz y Opus Dei, quiere ofrecerse a todos, también a los que no comparten la fe, como espacio de encuentro y acompañamiento cordial y competente, para que cada uno de los que se hacen parte de ella, avance hacia la plena realización de sus capacidades personales, familiares, profesionales y ciudadanas, con apertura a su dimensión transcendental en la que esa plenitud se hace santidad.

En una página luminosa, que en cuanto haya ocasión oportuna y espacio adecuado, habrá que grabar en mármol

---

9 Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22

o moldear en bronce, el Dr. Pérez Olivares evoca la definición aristotélica del amor de benevolencia, para presentarlo como el agente vivificante de las relaciones personales en nuestra universidad: “querer bien al amigo, además de querer el bien del amigo”. Ser parte de la Universidad Monteávila es pues corresponder a esa invitación, como señal propia de identidad, de ser buenos amigos y amigos buenos.

Es acoger a cada uno en el misterio de su existencia total, incluso con sus defectos, y disponerse a acompañarle en la tarea de realizar todo su potencial, con el apoyo eficaz, con el asesoramiento diligente, con la corrección oportuna, con la interpelación respetuosa, con el compromiso solidario, también con el silencio que solo deja hablar al corazón. Y es entregar al amigo todo lo que se tiene de valioso, enseñándole lo que se sabe, investigando con él lo que se busca, compartiendo con él lo que se espera, construyendo con él lo que se necesita, cooperando juntos en el servicio a los demás, pero sobre todo ayudándole para que aprenda a amar bien.

Si alguno pensara que es un ideal excesivo o impropio de una institución universitaria, quizás no pueda acompañarnos por ahora, y quedará de nuestra parte, darle motivos convincentes para aproximarse a su futura comprensión. Si fuera alguno de nosotros, que al escuchar o leer estas referencias, volviera la mirada hacia arriba y dibujara en sus labios una sonrisa irónica de incredulidad, convendría advertirle que acoge en su pecho una traición a nuestro espíritu. Pero si volviera su mirada al suelo y se le escapara un suspiro para significar que no siente que esté siendo amado

de esta manera, nos tocaría a todos ponernos de rodillas en señal de penitencia y suplicar en oración la cura de esa, la peor herida que se pueda abrir entre nosotros.

Esas relaciones de amistad vinculan a todos los miembros de la universidad, sobre un núcleo fundamental, el proceso de enseñanza-aprendizaje, y sobre una misma aspiración compartida, el acompañamiento de cada uno hacia la plenitud de su ser, o en otras palabras, hacia la vida feliz. No es de extrañar que el arquetipo preferencial sea la relación profesor-alumno, pues en torno a ella, como su centro medular, se desarrollan todas las demás, y de algún modo participan de ella.

En esta relación, el profesor se dispone a una entrega generosa de su saber, no como algo que se “tiene” sino como algo que se “es”, pues aún los saberes que pudieran ser considerados como más “técnicos” serán presentados en su aspiración de excelencia académica, esto es, en cuanto a su mejor conocimiento y comprensión, con los instrumentos y medios más actualizados, pero también en cuanto contribuyen al perfeccionamiento de la persona, en su disposición al logro más acabado y responsable de su aplicación en el trabajo profesional, en su alcance ético y en su contribución al enriquecimiento de su dignidad humana. Por ello, el profesor es requerido en primera instancia de enseñar con su ejemplo de vida, que reúne en su integridad personal el alcance de tales conocimientos, y así es ofrecida al estudiante como estímulo para su propia realización.

Desde esta perspectiva puede aproximarse la comprensión del aporte de cada miembro de la universidad, incluyendo también a los directivos, personal administrativo y personal de servicio, pues su trabajo está llamado a participar de esa ejemplaridad de vida con la que cada uno muestra con su oficio bien realizado cómo contribuye en él al perfeccionamiento de su persona y aparece así a los ojos de los demás como libro vivo del que se puede aprender con solo una mirada atenta y un corazón bien dispuesto. ¡Cuánto elogiaba el Dr. Pérez Olivares a nuestro primer jardinero, el Sr. Casimiro!, con quien estableció entrañable amistad, en su dedicación perseverante y tenaz, enfrentando la jungla de hierbas que poblaba esta ladera del Ávila a nuestra llegada, para ir haciendo de estos espacios un jardín, con aquella laboriosa y fatigosa tarea que comenzaba muy tempranamente, mucho antes del amanecer, con horas de trabajo a su espalda -casi siempre sin camisa- para el momento que llegaba el primero de nosotros, enfrentando la aridez de las frecuentes sequías, no menos que el barrido de las correspondientes riadas, sobre una tierra agreste, reticente en verdecer! ¡Cuántas veces no fue su ejemplo la referencia para explicar las virtudes del trabajo universitario!

Pero este proceso de enseñanza no es solo presentación, aunque viva, de contenidos, experiencias e integridad personal, sino sobre todo acompañamiento, respetuoso y generoso. Es compromiso de motivar en la persona que aprende la disposición humilde de acoger los contenidos y el testimonio recibidos en su interioridad, y allí hacerlos fecundar con la pasión creadora que los transforme en algo a su vez original, con lo que avance hacia su propia plenitud, y para

que en su momento se convierta también en aporte generoso a su familia, a su comunidad, a la sociedad. Se requiere por tanto la apertura confiada e interesada del estudiante, para transformarla pacientemente en juicio crítico que discierne lo bueno de lo malo, que mueve a la voluntad para aspirar a aquello y rechazar esto, y para hacerse responsable de lo que se espera de él, como estudiante y como futuro profesional, y siempre como persona y ciudadano. Por ello, las clases, en sus variadísimas opciones pedagógicas, se complementan con el asesoramiento académico que extiende su alcance y lo adapta a la singularidad de cada estudiante, y más aún con el asesoramiento personal que en cordial conversación (¿cómo no recordar aquí el moto de ese genial universitario que fue el Beato John Newman, “corazón que habla a corazón”!) despierta en el estudiante horizontes nobles y aún magnánimos, atiende serenamente en la solicitud de consejo, reanima en los tropiezos, alienta en las dudas, corrige discretamente en los defectos, entusiasma en el despertar de las ilusiones, fortalece la esperanza apenas percibida, felicita los éxitos tempranos, confirma las decisiones responsables, comparte las alegrías y tristezas y, en serena contemplación, encomienda el maestro en oración, la santidad de esa alma que circunstancialmente se le ha confiado.

Cabe esperar por tanto de nuestros alumnos esa libre entrega en su proceso de formación, con todas las deficiencias que pueda arrastrar, incluso las originadas en una familia desestructurada, en una comunidad privada aún de lo esencial, en una educación previa insuficiente, desorientada y con frecuencia deformadora de las virtudes intelectuales. Y

hemos de procurar que asuman con plena responsabilidad el esfuerzo que comporta el desarrollo de esas virtudes intelectuales, y la adquisición de competencias para el trabajo profesional y la generosidad en la gratuita entrega solidaria. Y cabe esperar de ellos que se acerquen a la universidad con la esperanza de quien reconoce sus carencias y aspiraciones y se entrega con entusiasmo al proceso de transformarse a sí mismo en un miembro destacado de su generación, con la ilusión noble de cambiar su vida, la de su país y la del mundo entero para la mayor felicidad posible, felicidad que es siempre don, entrega generosa, comenzando por los más necesitados, los que sufren, los abandonados, los “descartados”, y hacer así un mundo mejor. Así, hemos de ver en nuestros estudiantes, con los ojos del alma y de la carne, los artífices de ese mundo posible, en expresión de S. Juan Pablo II, “centinelas del mañana”, custodios por tanto de la esperanza en un futuro mejor.

Por otra parte, esta específica orientación de la formación integral en nuestra universidad, no puede ser asumida en la experiencia de los profesores que dirigen su enseñanza, así como tampoco en el resto de sus miembros, pues no han tenido la oportunidad de adquirirla previamente, y por ello, el compromiso primero y permanente es el de proveer a esa formación en todos ellos. Ciertamente partiendo de las limitaciones iniciales, pero que se irán superando con el estudio esforzado y con la vivencia compartida, incluyendo la progresiva reflexión sobre su adecuación a nuestra realidad, tanto en sus contenidos como en sus métodos, pero siempre aspirando a la excelencia en su alcance. Se ha propuesto desde el inicio mismo de la universidad un

conjunto de planos del conocimiento que estructura, con amplitud y flexibilidad, el despliegue de esa formación. Su desarrollo ordinario y estable constituye el indicador más fidedigno de la lealtad de la universidad a su misión específica. Advertir desviaciones en su ejecución habrá de ser motivo de inmediatas y eficaces correcciones, en las personas y en los procesos.

Por su parte, es responsabilidad primera de los directivos procurar la estabilidad de la institución en su desarrollo armonioso y no comprometer su razón de ser. Se exige la combinación de la prudencia para administrar con flexibilidad la provisión oportuna de todos los medios necesarios, así como la audacia para acometer las decisiones que anticipen la proyección futura. Aquella amistad que anima la vida de nuestra universidad se traduce aquí preferentemente en la necesaria confianza de los directivos para que en leal colaboración todos concurren convergentemente al mejor desempeño de la institución, guiados por el reiterado llamado a la excelencia. Y habrán de valorar la unidad de gobierno como la virtud específica dominante de su tarea: nada puede hacer mayor bien a la institución si así se vive ordinariamente, nada puede causarle mayor mal, si faltara.

Sin embargo, apenas incoado en los comienzos, hemos venido a señalar que los más importantes de la universidad son sus egresados. En ellos se realiza y son ellos los llamados a realizar la misión propia de la universidad: el servicio a la sociedad. Son ellos quienes con su formación, si y su libertad, habrán de transformar las realidades profesionales, sociales, también las familiares y comunitarias,

para hacer un país mejor, un mundo mejor. Y porque esta amistad es para siempre, es compromiso de la universidad poner todos los medios para dar continuidad permanente a la formación de sus egresados, y esperar confiadamente que sean ellos a su vez los continuadores naturales de su labor, y así, a su tiempo, regresarán a la universidad como profesores e investigadores, como directivos, como colaboradores, y como padres de nuevas generaciones que mantienen el legado institucional. Así se irá haciendo realidad esa consigna, que no sin cierta temeridad hemos adelantado: ¡la universidad son sus egresados!

Pero aún hace falta añadir que la universidad se extiende, con participación real de su misión, en sus amigos, destacando entre ellos las familias de todos sus miembros. En ellos se da continuidad cotidianamente a esa vida de amistad que aquí se vive: cada uno se lleva a sus hogar la experiencia en la que se encarnan sus ideales, y en ellos se hace estímulo para la acogida cordial e ilusionada, aunque a veces hayan de superarse marcados contrastes, enfrentando la amenaza de una esquizofrenia en la que se pretenda vivir fuera de la universidad en oposición radical a como se vive en ella. Y así, en correspondencia, esos amigos constituyen la principal fortaleza de la universidad: ellos sostienen nuestros ánimos, ellos advierten de modo más inmediato nuestras posibles inconsistencias, ellos colaboran con su generoso esfuerzo en procurar juntos una mejor universidad.

## IV

Es aspiración irrenunciable de la universidad la apertura a todos los saberes. La amplísima diversidad y fecunda proliferación de los conocimientos, obliga a una paciente incorporación progresiva de todos ellos. No todos se abordarán con las mismas estructuras y alcance. Pero a ninguno se renunciará con exclusión programática. Y es que entendemos que todos los saberes son saber de realidad, y así todos se complementan necesariamente en la verdad sobre ella. El fascinante prodigio de la inmensidad del conocimiento humano, a la búsqueda de la no menos inabarcable verdad sobre la realidad, se despliega en una maravillosa aventura que no podemos sino vivir con la pasión juvenil del entusiasmo en cada descubrimiento –también en el ámbito individual que aprecia como tal lo que otros han aprendido antes– y con el reconocimiento del progresivo enriquecimiento, nunca con la arrogancia del logro suficiente, pero tampoco con el desánimo ante la percepción de lo mucho que falte por alcanzar.

Todos estos saberes se cultivan por el valor que ofrecen en si mismos al revelar la realidad al entendimiento humano, pero a la vez, sin solución de continuidad, por lo que aportan a la orientación de la conducta humana en su relación con esa misma realidad, con la humanidad y con la divinidad. Esa doble dimensión compromete al diálogo interdisciplinar que se enriquece en la complementariedad encontrada y en la tensión por discernir la contradicción aparente, así como para confirmar, aún ante la fragilidad y

el misterio de la vida humana, su ordenación a la verdad, al bien y a la belleza.

Así pues, esta transmisión de conocimientos, este cultivo de saberes, este diálogo comprometido, esta búsqueda de verdad, no se agota en el trabajo esforzado de su realización objetiva, en el despliegue de sus contenidos, ni siquiera en la proyección de sus aplicaciones, sino que se hace vida, y vida moral ordenada a lo bueno, en los miembros de la universidad. Se investiga, se aprende, se enseña, se difunde para vivir bien, para vivir en la verdad, para marchar hacia la plenitud de humanidad, que constituye su objetivo. Es una forma de vida que huye de la ignorancia viciosa, de la precariedad de la subsistencia, del entretenimiento banal, de la esclavitud de la utilidad, del imperio del poder o del dinero, de la arrogancia de la soberbia, de la negación del amor. Es una formación para la vida en la virtud.

Por ello se ha identificado que los contenidos de cada asignatura o programa hayan de ser concebidos en armonía con estos fundamentos y aspiraciones. No bastará con trasladar las adquisiciones -con todo su valor de verdad- provenientes de otras fuentes, sino que habrán de acogerse en el marco conceptual propio de la universidad: bastará con frecuencia con hacer explícito el alcance de los mismos en su contribución a la formación integral de la persona, y no solo a su acopio intelectual, privilegiando su ordenación ética; en otras circunstancias habrá que plantear el diálogo con el resto de los saberes transmitidos para evitar la aislada captación sesgada de algún aspecto de la realidad, en otras se requerirá un discernimiento crítico para evidenciar las

contradicciones y esforzarse entonces en superarlas, antes de su presentación a los estudiantes, o al menos advertir suficientemente su incompatibilidad. Es por ello una ilusión permanente de la universidad que sus profesores asuman la tarea de elaborar con estas perspectivas los contenidos de sus cursos y desarrollen los instrumentos académicos propios de esta genuina aspiración.

Para ello habrán de encontrar, además, necesaria orientación en la Filosofía, como ciencia que ordena todo el saber de la realidad a sus últimas causas y fines, allá donde alcanza la razón natural. Solo ella puede contribuir eficazmente a la integración de saberes a la que estamos convocados en la universidad, solo ella pueda disponer el ámbito para que el diálogo entre ellos resulte armónico, superando con esperanza firme de conciliación los inevitables desencuentros circunstanciales que resulten de cada descubrimiento, no suficientemente asimilado en su novedad. Solo ella podrá retar la comodidad de los logros parciales y disponer las virtudes intelectuales a proseguir la tarea inacabable de remontarse a los fundamentos primeros y a los fines últimos. Solo en ella los diversos saberes alcanzarán a transformarse en sabiduría.

Pero el amor de Dios por nosotros ha querido que contemos además con otra fuente para buscar, pensar y contemplar la verdad: su autorrevelación histórica; que se ofrece generosamente a quienes humildemente acepten recibirla, y así lo que en Aristóteles era la máxima aspiración intelectual, la contemplación de lo divino, se hace al alcance de la persona más sencilla, pero también, se despliega espec-

tacularmente en el inmenso océano de la Teología, el más elevado de los esfuerzos del conocimiento humano que busca comprender, a partir y a través de la Palabra revelada, la entera realidad de su existencia y de su entorno, incluyendo la dimensión espiritual que sobrepasa a las ciencias de la materia, y con ella la dimensión transcendental que supera a las ciencias sociales, y que –abierta a la fe, hecha religión– es la única que alcanza al umbral de la máxima aspiración humana: su felicidad, que se realiza plenamente en el encuentro con su Creador.

Destacando así entre las ciencias, la acogemos en nuestra universidad como guía iluminadora de todos los otros conocimientos que cultivamos. Tenemos que aceptar con frecuencia la precariedad en nuestro dominio de estos y aquella: con ritmos diferentes en nuestro progreso de ambos, con las tensiones que los descubrimientos diversos y asíncronos producen entre ellas, con las limitaciones naturales de nuestro entendimiento, reconocemos que la primacía de la Teología no ha de ser ejercicio despótico de titularidad sino invitación a la serena reflexión y al estudio profundo, cuyo esfuerzo garantiza la aceptación humilde de la armonía de las verdades parciales.

Pero la Teología es ciencia de la fe, la cual es antes que nada vida en la religión. La certeza de sus principios es consecuencia de la aceptación voluntaria de la gracia que invita a creer y en cuya respuesta afirmativa, a la que concurre el entendimiento, se hace relación personal con el mismo Autor de la gracia, y se despliega en la vida de religión. Así acogemos también la religión como dimen-

sión fundamental de nuestra vida universitaria en la amistad y en la verdad, porque es una dimensión esencial de la persona humana. El humanismo cristiano que hemos asumido como perspectiva propia hace integración de todo ello, a la vez que se muestra amplio en el diálogo con todas las culturas, religiones y saberes. Entre otras razones porque establece como el principal de los derechos la libertad religiosa: en nuestro ámbito nadie se podrá sentir nunca coaccionado en materia religiosa, ni sujeto de un falso proselitismo, ni deformados los contenidos por un pretendido adoctrinamiento. La libertad es presupuesto fundamental de la búsqueda de la verdad, y de manera más radical y completa de la verdad divina. Está ello sustentado no solo por el alcance de la razón natural sino por la misma Revelación<sup>10</sup>. Así pues, la religión cristiana que está en el origen de nuestra universidad se presenta con absoluto respeto de la libertad de las conciencias.

## V

Se ha indicado al comienzo que la vocación de servicio es el objetivo constante de esta universidad, más aún, en palabras de San Josemaría, “La Universidad tiene como su más alta misión el servicio a los hombres, el ser fermento de la sociedad en que vive”<sup>11</sup>. Múltiples son las dimensiones de este servicio, no por ello carentes de cierta jerarquía. Así, el principal servicio a los hombres consiste en la afirmación de nuestra identidad cultural cristiana. El convencimiento

---

10 Declaración *Dignitatis humanae*, n.2

11 San Josemaría Escrivá, *Homilía del Campus*, 2 de Octubre de 1967

auténtico de que la evangelización de cualquier cultura conlleva a su perfeccionamiento progresivo en el marco temporal y dispone para la plena realización de las personas en su dimensión transcendental, anima una esforzada comprensión de la naturaleza de cada cultura, en su específico desarrollo histórico, y en el compromiso no menos laborioso de iluminar todos aquellos aspectos en los que pueda superarse.

La nuestra es una cultura mestiza: llega a nuestra actualidad la proyección de las culturas primigenias (a su vez fruto de diferentes componentes culturales) pero de una manera fundida, entreverada, no solo genéticamente cruzada, sino enriquecida por una variable composición en todos los aportes culturales. La afirmación de esta identidad es asumida como una gozosa realidad desde la que nos disponemos a ofrecer nuestras mejores contribuciones a toda la humanidad. La universidad encuentra en esta perspectiva su ámbito natural de servicio: el enriquecimiento de la cultura propia, con apertura universal. Nos disponemos a reconocer con profundidad las coordenadas de la existencia que hemos llegado alcanzar, nuestro tránsito histórico con todas sus glorias y vergüenzas, con todos sus aciertos y desvaríos, pero con vocación de perfección, animados por un afán de justicia y paz para salir al encuentro de todos. Desde este reconocimiento habremos de enfrentar las ideologías sediciosas que vician la unidad de la patria al exagerar falsamente la diversidad para llevarlas al extremo de la confrontación, incluso, con la criminal propuesta de eliminación del otro, perversamente identificado como enemigo. Así también en el ámbito de nuestra región iberoamericana.

Ciertamente, la universidad habrá de ser espacio de encuentro, de diálogo, de convivencia cordial que acoge el natural pluralismo (porque como acabamos de apuntar hay un pluralismo artificial que corroe las bases de la comunidad). Como venimos señalando es convivencia de amistad. En este sentido no le es propia la directa e inmediata actuación sobre la política, sujeta al debate de las diversas opiniones en las opciones del gobierno de la nación. En este aspecto, la formación de los estudiantes para el recto ejercicio de esa responsabilidad, es su aporte sustantivo. Y el diálogo abierto y sincero durante su etapa de formación, el escenario prometedor de su posterior aplicación en la vida cívica. Sin embargo, cuando se atacan vilmente los fundamentos de la convivencia, cuando la injusticia impera encarcelando la libertad, cuando la vida de los ciudadanos queda al azar de intereses criminales, cuando la mentira se erige en información oficial, cuando se destruyen las oportunidades de futuro en aras de un falso igualitarismo, cuando las alternativas son la servil afiliación o el desgarrador exilio ¿podrá pedírsele a nuestra juventud la paciencia irresponsable de esperar a completar su formación? ¿no será acaso necesario asumir los riesgos, y aún los dolores, del sacrificio inevitable para luchar por los cambios impostergables? ¿no debemos sentir allí también la fuerza de la invitación de San Josemaría que “la universidad debe estar en el origen de los cambios”?

Por su parte, el desarrollo de la investigación, preferencialmente en colaboración con otras instituciones académicas, habrá de contribuir a una ampliación de los saberes, a un enriquecimiento de las profesiones, pero también a

una orientación de aplicación a las necesidades de nuestras comunidades. Sin solución de continuidad, la investigación teórica y práctica procurarán acompasar sus desarrollos para que siempre se ordenen a un mayor bien de las personas que la realizan y de las que reciban su contribución. También por ello, hemos anunciado nuestro convencido interés en colaborar estrechamente con las industrias, empresas, negocios y centros de desarrollo, para asumir como retos propios sus necesidades y oportunidades, y construir junto a ellos soluciones eficaces. Esta relación empresa-universidad habrá de constituir un ámbito privilegiado de nuestra investigación, no menos que de la potencial inserción de nuestros egresados.

A su vez, hemos querido situar en primer lugar nuestro servicio a los más necesitados. El trabajo de voluntariado social, personal y corporativo, ha de constituir el afán más entrañable de cuidado y atención. Esa labor, que ordinariamente se realizará en el discreto silencio del acompañamiento humilde, ha de ser invitación permanente en todos nosotros. No había transcurrido un mes de aquella lección inaugural, cuando la naturaleza se desbordó en tragedia del otro lado del Ávila sobre las comunidades de Vargas, y reclamaron tan amargas necesidades nuestro modesto aporte, cuando ni siquiera contábamos con una mínima organización para ello: esta experiencia, cual bautizo, que marcó con huella indeleble nuestro comienzo histórico, será permanente recuerdo de este compromiso.

## VI

Nuestra universidad es también instrumento de apostolado. Surgida de esta motivación entre personas del Opus Dei, aspira a prestar su mejor servicio en acompañar a muchas otras personas para que asuman el reto de avanzar en su camino de plenitud de humanidad y abrirse a la maravilla transcendental de la santidad. En ello, nada se recorta o desnaturaliza de la genuina identidad universitaria: para que sea un buen instrumento de apostolado habrá de ser ante todo y necesariamente una buena universidad.

En carta del 29 de septiembre de 2012, Monseñor Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, nos señalaba que este ambiente universitario es el campo de vanguardia de la nueva evangelización: parte destacada del apostolado de la inteligencia, que compromete especialmente a quienes trabajan en él para ser luz del mundo, para acercarse “a todos con sincera amistad, impregnada de caridad y comprensión, de simpatía también humana, avalada por la vida de piedad” pidiendo a Dios, sin cansancio que “abra a su luz las inteligencias y los corazones”; de quienes reclama una específica responsabilidad en iniciativas para promover “una nueva cultura, una nueva legislación, una nueva moda coherentes con la dignidad de la persona humana y su destino a la gloria de los hijos de Dios en Jesucristo”, y que, con admonición firme nos señalaba: “Me interesa que quede bien claro que quienes intervienen en estas áreas, han de sentir la responsabilidad de sacar partido a sus talentos, sin olvidar que otras muchas personas, con trabajos materiales o aparentemente de poco relieve, se esmeran

en convertir su ocupación en plegaria a Dios, para que los hombres y mujeres que cuentan en las áreas que dirigen la sociedad sepan ser enteramente responsables, conscientes de que Dios les pedirá cuenta de su rendimiento; y han de mostrarse muy agradecidos a los que trabajan, por así decir, en la penumbra. Viene muy al caso lo que comentaba san Josemaría: ¿quién tiene más importancia, el Rector Magnífico de una Universidad o la última persona que atiende la manutención del edificio? Y se contestaba sin dudar: el que cumple su tarea con más fe, con más afán de santidad.”

## VII

Esbozados apenas, nuevamente, algunos de los rasgos principales de nuestra universidad, y con la invitación a extender y ampliar su conocimiento y comprensión en los documentos y testimonios que dan cuenta de nuestra misión, podemos comprender que seguiremos estando en el origen cuando nos situemos y desarrollemos la sede definitiva, cuando inauguremos la Facultad de Ciencias de la Salud y proyectemos su labor en un servicio hospitalario amplio y de calidad, cuando inauguremos la Facultad de Ingeniería con su conjunto de laboratorios y su incidencia en proyectos empresariales e industriales, cuando inauguremos la Facultad de Arquitectura con sus aspiraciones de recrear nuestros espacios de convivencia en la belleza, cuando incorporemos el amplio despliegue de las Ciencias Básicas y de las Artes, cuando extendamos nuestra docencia a las maestrías y doctorados con aportes innovadores a la investigación, cuando hayamos dado vida a la Asociación de Amigos que convoque eficazmente todas las voluntades

de apoyo generoso, cuando la Asociación de Egresados sea un eficaz instrumento de renovación del país y de la universidad, cuando podamos entonar el himno que haga vibrar en su notas nuestros más entrañables sentimientos de lealtad...

Así pues, profesores, estudiantes, egresados, directivos, empleados y amigos, renovemos cada día este compromiso de vivir en la verdad, animados por la amistad que sostiene nuestros afanes de ser y hacernos mejores entre nosotros, hasta la plenitud, con el reto esforzado de hacer rendir nuestros talentos, con la alegría de servir generosamente a los demás, también con la esperanza de hacerles descubrir -a muchos- estos horizontes de eternidad, y con el agradecimiento infinito por quienes *en la penumbra* sostienen nuestra labor, pues así permaneceremos siempre fieles en el origen de la utopía que es nuestra Universidad Monteávila: *¡supra montem posita!*